V.

¡YA SE VA!

Las ocho dan por fin, de la mañana,
Y á bordo del vapor, una campana
Escúchase agitar en són violento;
Percíbese de gente en la cubierta
Activo movimiento. . . .
La válvula al vapor un punto abierta
Para evitar que henchidos
Los calderos estallen
A impulso de los gases comprimidos,
De acorralada fiera
La voz entre irritada y lastimera
Parece remedar con sus bramidos:
La columna blanquizca de humo lento
Es ora negra, espesa y agitada,
Y con fragor lanzada,
Entre chispas flamígeras, al viento.
El hélice á azotar el agua empieza,

Y á las lanchas descienden con presteza
Amigos ó curiosos,
Más tiernos, y quizá mas animosos,
Que no viendo en sus penas embarazo
Fueron á dar allí su último abrazo. . . .
El estridente són del molinete
Que leva el ancla, suena
Embebiendo en sus dientes la cadena.
La cangreja al bauprés, desde el trinquete
Suelta, y la escandalosa del mesana,
Y alguna que otra vela de juanete,
La brisa empieza á henchir de la mañana.
Crujen los aparejos
Al peso de los botes que retiran,
Y en confuso rumor se oyen de léjos
Llevados por las auras que suspiran,
Voces de mando, gritos de alborozo,
Imprecaciones, cantos, que llegaban
Juntos á tierra, y al llegar formaban
El eco prolongado de un sollozo. . . .
Causaban tal rumor los marineros,
Gente curtida y dura,
Que al gemir de los tristes pasajeros

En sarcástico coro canta y jura,
Lo mismo en los adioses lastimeros
Que en alta mar si la tormenta apura:
Y ¡ay! de los pasajeros sin ventura,
Si horrible la tormenta se levanta,
Y ven que el marinero silencioso
No jura ya ni canta. . . !
¡Solo el cielo piadoso
Mudar podrá su suerte;
Porque al esfuerzo humano
Pretender ahuyentar ¡ay! fuera en vano
La imágen de la muerte!

Cuando un buque zarpaba
En tiempos, dizque, de honda servidumbre,
El "Santo Dios," de hinojos se cantaba;
Y olvidándose ha ido esa costumbre
Que aseguran que al hombre degradaba,
Para que ni eso quede por vislumbre
De cuando fué la humanidad esclava!

Por eso en alta mar y ante el naufragio,
Hoy se debe morir más dulcemente

Escuchando del alma por sufragio
Un párrafo elocuente
Del *derecho del hombre* independiente. . . .
Que más que el *Miserere* y el *Trisagio*
Eso debe valer seguramente. . . !
¿Cómo no ha de valer? Cuando en madero
O en tabla, caballero
Se mire entre el frenético oleaje
Un *espíritu fuerte*, pasajero,
Libre de servidumbre y vasallaje
Que la preocupacion da á la conciencia:
¿Qué mejor ocasion anhelaria
De ostentar su sublime omnipotencia,
Y gozar de su amada autonomía?
¡Oh! Si tuviera el *código* en la mano
Y sus derechos de hombre le leyera,
Lograra convencer al Océano
De que en *toda ocasion* y *donde quiera*
De su destino el hombre es soberano! . . .
¡Y puede que la mar se decidiera,
Pues brillan sus tendencias socialistas,
A respetar del siglo las conquistas. . . !

¡Mísero alarde de soberbia humana!
¿Quién será quien no sienta
La voz de Dios terrible y soberana
En el rudo estridor de la tormenta?
¿Quién ante el espectáculo tremendo,
Precursor de un naufragio, habrá tan fuerte
Que ose afrontar, dudando ó sonriendo,
Con vida material, tan cruda muerte? . . .

¡La mar! la mar! Dios mio!
¿Qué es el hombre en la mar? Cuando se agita
En ímpetu bravío,
Si cual átomo eleva y precipita
Al que juzgamos colosal navío,
De movibles montañas
Subiéndole á la cumbre,
O de horroroso abismo en las entrañas
Arrojándole luego
Como juguete vil sin pesadumbre
En infantil y bullicioso juego. . . .
¿Qué será el hombre aislado en su materia,
Solo consigo mismo?
Si grande con su fé, de su miseria

Logra sobreponerse ante el abismo.
No es nunca sin esfuerzo y ruda lucha;
Que la carne mortal es egoista
Y al miedo más que al raciocinio escucha!...
¿Pues si es preciso fé que lo resista
Porque el impulso es uno, uno el deseo
Que siente del peligro ante la vista,
Cómo domarla logrará el ateo?

Hay cosas que confunden ó sublevan,
Pues faltando á la lógica inflexible,
De la ficcion los atributos llevan
Más allá de lo humano y lo posible. . . !
¡Que lo divino á remedar se atrevan
Los que hallan lo divino inadmisible. . . !
Si no es delirio, oh Dios, del que eso quiere,
Fuerza es que mucho en tu piedad espere.

VI.

¡YA SE FUÉ!

Zarpa al fin el *Saint-Nazaire*
Que ya virando ha mostrado
La popa hácia Santander,
En gruesas letras pintado
Su nombre dejando ver.
Como un adios que consuela,
Hacen sus huellas marcar
El humo que al aire vuela,
Y la reluciente estela
Que va dejando en la mar.
¡Qué bello es el tal vapor!
¡Cuán esbelto y ágil vira!
El que ve tanto primor
Ha de pensar que es mentira
Que allí se encierre el dolor.
Como un andaluz corcel
Que á diestra mano se aviene,

Gallardea el barco aquel;
Gira, arranca ó se contiene,
Al gusto del timonel.
Cuando vira, y rumbo cierto
Toma á la larga por fin,
Con su penacho cubierto,
Es el corcel del desierto
Suelta á los aires la crin. . . .
Y si mar contrária enfrena
Su marcha, ó recio aquilon,
Trepida, ruge y atruena
Sacudiendo la melena
Como africano leon. . . .
Por fin, con fija derrota,
Próximo á desparecer
Entre la bruma remota,
Parece blanca gaviota
Sobre un lago, el *Saint-Nazaire.*
. . . . . .
Cuando al virar, su costado
Mostró, partiendo, el vapor,
Se oyó un adios prolongado
Del buque á tierra cambiado

Con eco desgarrador;
Y cada vez que viraba
Y sus bordas enseñaba
El buque, el adios aquel,
Más doliente se escuchaba,
Más prolongado y cruel.
Y ya del habla alejados
La tierra y barco veloz,
Los adioses figurados
De pañuelos agitados
Al aire, suplen la voz.
Una expectacion ansiosa
Entre los que en tierra están,
Y una actitud lastimosa,
Solo á distancia enojosa
Pueden ver los que se van.
Luego, esa actitud inerte
Tórnase en muda atencion,
Y entre un silencio de muerte
Solo el murmurio se advierte
De entrecortada oracion!
. . . . . .
. . . . . .

¡Pobre gente, pobre gente!
Cuando el vapor impaciente
Era ya un punto en la mar,
Más perceptible y ferviente
Su oracion hizo escuchar;
Mas cuando el humo y la entena
Del barco perderse ve,
¡Ay! cuán terrible su pena
Estalla, y el grito suena,
De ¡ya se fué! ¡¡ya se fué!!

CONCLUSION.

Tras del mas animoso, indiferente,
O el más sensible acaso,
Que no siempre el primero
Se marcha ante el dolor quien ménos siente,
Fuéronse dispersando á lento paso,
Turbios los ojos y aire lastimero,

Los grupos que formaba aquella gente.
Solo uno al fin quedaba, y se diria,
Segun el dolor mudo que mostraba
Y la actitud inerte en que yacia,
Que el alma el *Saint-Nazaire* le arrebataba.
Tres personas el grupo aquel contaba:
Una de pié, con negra vestidura,
Ligeramente encorva
Su delgada cerviz y alta estatura. . . .
Otra, de un recio montañés fornido:
Baja la frente y la mirada torva,
Del muelle sobre el bordo
Más que sentado, está medio tendido,
A cuanto pasa, en apariencia, sordo,
Indiferente, mudo y distraído;
Mas de disimular en vano trata
La pena que su pecho desbarata;
Que si la frente baja retraído
Es por no demostrar húmedos, rojos,
E hinchados de llorar los turbios ojos.

A su lado sentada,
Contra un guardacanton la faz apoya,

En lágrimas bañada,
Y en actitud del que implorando gime
Un consuelo que el mundo no le presta,
Y que la fé tansolo le redime
De la exasperacion que el pecho oprime
Cuando en el mundo yá nada le resta,
Está una labradora,
Que de hidalgo solar, aunque señora,
El traje de la aldea vestir gusta
Más que el de ciudadana:
Negro corpiño de velludo ajusta
Su talle de matrona castellana,
Comprimiendo su seno levantado
Merced á la cotilla que se cierra
Con un cordon de herretes adornado,
Y que un honesto chal de seda cubre;
Pendiente de su cuello, circundado
De rojas gargantillas de corales,
Un relicario de oro se descubre
Que un *Lignum crucis* guarda, y muy cabales
De siete dieces prende el relicario
Un brillante rosario
Que sobre el seno á relucir destaca

Una pequeña cruz de Caravaca.
El *zurito*, ó blanquísimo pañuelo
Que anuda á su cabeza,
Deja colgar con gracia y gentileza
Las dos hermosas trenzas de su pelo
Prendidas con desgaire á la cintura,
Porque si nó arrastraran por el suelo:
Una estrecha chaqueta,
Que es de invierno tansolo vestidura,
Y de alepin de lana oscura saya
Sobre otro par de sayas de bayeta,
El vestido completa
Capaz allá en la aldea de hacer raya;
Pero que en Santander no está de moda,
Y nadie al que le viste da importancia,
Porque allí ya mas traje no acomoda
Que aquel que visten en la culta Francia.

El que estaba de pié, de alta estatura
Y en cuyo traje se revela un Cura,

Con estridente voz así decia
A los dos afligidos aldeanos:
"¡Alma fuerte, Pascual! Calma, María!
"Basta de llanto ya ¿no sois cristianos?
"Pues por amor de Dios sufrid la pena,
"Ya que Dios hecho Hombre,
"Por nuestra redencion sufrió la ajena:
"Venid, pues, á invocar su augusto nombre;
"Y ya que del embarque con la prisa
"Se nos marchó Ramon sin oir antes
"El Santo Sacrificio de la Misa,
"Venid por él á oirle, y suplicantes,
"Más que de vuestra pena preocupados,
"Que Dios al fin os manda,
"Quizá por vuestras culpas y pecados,
"Pedidle al cielo amparo y patrocinio
"Que es lo que ya Ramon solo os demanda,
"Lanzado del azar bajo el dominio
"En el mar proceloso,
"Para que libre y salvo de tormentas
"Toque el suelo de América dichoso. . . .
"Por lo que toca á ustedes, serán cuentas
"Que arreglarán con Dios más largamente:

"Pedidle que os perdone, sin embargo,
"Los cargos que le haceis injustamente;
"Que el que en su mal influye
"Y se queja despues en duelo amargo,
"Hace muy mal si el cargo
"De su dolor al Cielo le atribuye.

Contrito el corazon, baja la frente,
Levantóse Pascual, y al noble Cura
Fuéle á besar la mano, reverente,
Con religiosa, humilde compostura.
María, del dolor la copa apura,
Pero á la invitacion cede obediente:
Se trata de pedir á Dios amparo
Para aquel hijo de su amor ausente,
Más que su vida caro;
¿Cómo á esa invitacion poner reparo?

Poco rato despues, con fé sincera,
Y en un templo de allí poco distante,
La plegaria más tierna y lastimera
Elevaban con voz agonizante,
El alcalde Pascual de la Cotera
Y su mujer María Bustamante;
Y el Cura Mantecon les repetía:
"¡Alma fuerte, Pascual! Calma, María!"

FIN DEL CUADRO PRELIMINAR